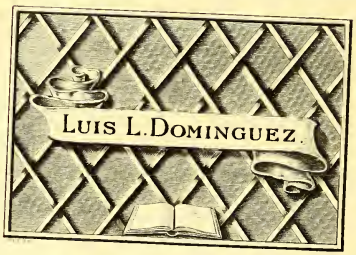

John Carter Brown
Library
Brown University

PROCLAMA

AL CLERO DEL OBISPADO de Cordoba del Tucuman por su Provisor Gobernador el Sr. Dr. D. Gregorio Funes, Dean de la misma Iglesia.

HERMANOS Y COMPAÑEROS.

UN memorable acontecimiento con que la divina Providencia se ha dignado darnos á conocer que es misericordiosa aun quando aflige, me obliga hoy á dirigiros la palabra, y á excitar vuestro religioso amor al Trono. Aunque la plausible novedad de haber Fernando VII subido al solio de sus padres por renuncia de Carlos IV, debió inundar nuestros corazones en la mas completa alegria, ella vino acompañada de otras tan sospechosas, que soltando la rienda al regocijo, temiamos hacernos complices de la traidora mano que preparaba su caida. Nada menos nos decian estas, que la introduccion de tropas francesas hasta la capital del reyno, la ocupacion de castillos y plazas fuertes, la llamada de Fernando á Bayona, la emigracion de toda la familia Real por orden de Napoleon. Es verdad que todas estas cosas se paliaban con velos especiosos, pero no dexabamos de descubrir por entre flores el camino tortuoso de la serpiente. No tardó mucho tiempo sin que viesemos consumado el plan mas impolitico y detestable que contra sus sagrados derechos pudo sugerir la mas vil de las perfidias. Por un emisario frances, que hace poco arribó á esta capital del vireynato con pliegos de Bayona, supimos las forzadas, y absurdas abdicaciones de Carlos y Fernando, con que el alevoso Napoleon se habia descubierto un camino vergonzoso al

trono de las Españas. Estas noticias nos pusieron á todos en un estado de turbacion y de agonia. Tan presto buscabamos á la España, ese robusto cedro del Libano, y apenas encontrabamos el lugar de su nacimiento: tan presto nos sostenia la sublime idea de la nacion viril, de cuyas manos se habia arrebatado al Rey deseado que miraba como el restaurador de su fortuna y de su gloria, unas veces envueltos nosotros en su caida, solo se presentaba á nuestros ojos un quadro de desdichas, donde por entre sombras sepulcrales apenas divisabamos la decencia, la libertad, la Religion, dando las ultimas boqueadas: otras queriendo salvar de este naufragio tan caros intereses en caso de que España recibiese á pesar suyo otra dinastía extrangera, no haciamos mas que ponernos en pasos resvaladizos. Todo era dudoso entre nosotros, menos el que Fernando reynaba en nuestros pechos. En orden á la Francia nuestro partido estaba ya tomado; y este no era otro, que en caso postrimero poner entre el usurpador y nosotros la dura barrera de la muerte.

Esta era nuestra lastimera situacion, quando el dia 23 de Agosto arribó á este puerto el Sr. D. Josef Manuel Goyoneche, Brigadier de los Reales exércitos, quien como leal americano quiso llenar á su patria de la mas dulce consolacion. Los pliegos que ha conducido nos instruyen que aunque prisionero Fernando entre las cadenas que le labró la mala fe de un fementido amigo, él reyna sobre sus pueblos con un imperio absoluto, tanto mas firme, quanto tienen de poderio sus desgracias para interesar una nacion generosa y fiel, y que embravecidos los españoles se entregan ya con buen suceso á las bayonetas enemigas hasta redimir á costa del ultimo suspiro su afrenta, su libertad y su Rey.

Nada mas propio de nuestro intento que algunas pasageras reflexiones sobre unos crimenes originales, que ha sido preciso verlos, para creerlos posibles. Si no fuese tan facil que el mundo se alucine con los vicios brillan-

tes de un delinqüente afortunado, hace tiempo que debió haber recojido esa mano sacrílega con que ha prodigado á Napoleon tantos inciensos. Con todo, no han faltado hombres sensatos que desde muy á tras descubriesen en su caracter un bizarro compuesto de baxeza y dignidad, un héroe loco, un ambicioso desenfrenado, un hipocrita rastrero, y en fin, un malvado sin remordimientos; estos son los justos epitetos con que quiere se le conozca ese peso exâcto de la verdad, que avalúa las acciones solo por lo que son. ¿Y quién no debió formarse este juicio, quando de engaño en engaño vió que conducia á la Francia hasta hacer que tolerase la escena sacrocomica de su coronacion? Esta nacion fanática é inconstante, que perseguia los tronos, como el asiento de la tirania, y que habia manchado sus manos con la sangre de su Rey, ¿cómo pudo no avergonzarse quando á la faz del universo derribó el de Luis XVI para levantar el de Napoleon? Pues qué: ¿no temia se le echase en rostro que aborrecia al tirano, y amaba la tirania? No lo extrañemos: ella fue presa de las artes del seductor, y debemos concebir que se halla arrepentida.

Pero al fin, si el engañador hubiese conseguido sus designios sin irrision de lo sagrado, le faltaban muchos quilates á su maldad. La impiedad de Napoleon no podia estar satisfecha si no ultrajaba las leyes asi divinas como humanas. Al mismo tiempo que se burla secretamente de los ritos de la Iglesia como estulticias de la supersticion, hace que la magestad del Vaticano se arrastre hasta su corte, y que el Vicario de Jesucristo despues de imponerle sus manos, lo haga reconocer por el ungido del Señor; ¡O profanacion sin exemplo! Sabia muy bien el astuto Napoleon que esta quimera sagrada, por indecente que fuese, debia aprisionar la opinion publica, y conciliarse de lleno todo el respeto de la Soberania. Por estos mismos principios de una politica raposa afecta un interes decidido à favor del catolicismo, y consigue se le

mire como su restaurador. Pero debe estar muy atrasado en la historia de sus embolismos, quien no advierta que esto lo hizo por captarse los sufragios de la incauta multitud. La mayor parte de la Francia era catolica: no podia ignorar tambien, que si hay un motivo fuerte para mover los resortes del corazon humano, ninguno mas energico que el de la Religion. ¿Qué otra cosa pues le convenia, que congratular á muchos, y poner de parte de su causa el imperioso tono de la conciencia? Mas por esto no creamos que excluia ninguno de los cultos impios. En el estado que se ha formado (segun sus oradores) todas las religiones son protegidas, y ninguna es dominante. El Luteranismo, el Judaismo, el Masonismo, y aun el Ateismo son igualmente acariciados de este adorador ecumenico, y tendrán igual derecho que el Catolicismo para ser asalariados siempre que logren en su vez una preponderante propagacion.

Desde luego, este y otros muchos hechos hicieron concebir, que desde los tiempos de Atilá venia formandose este monstruo, cuyo nacimiento ha debido dexar debilitada y triste á la naturaleza. ¿Qué no habia ya que temer de sus rapacidades? Procediendo siempre sobre la máxîma de que à los niños se engañan con el pan, y á los hombres con juramentos, sumergió à la Europa entera en un abismo de desdichas, de que no presentan ni aun idea los anales mas retirados. Qual cometa pernicioso se dexó ver arrastrando con su cola los destrozos de los tronos, y las fortunas asi publicas como privadas. Echemos el velo del silencio sobre las rapiñas de Alemania, Olanda, Prusia, Etruria, Portugal y Napoles, donde à presencia de la tirana ley del mas fuerte enmudece ese derecho sancionado por las gentes, y autorizado con el inmortal sello del tiempo; pero no omitamos lo que mas nos interesa, y lo que su proceder tiene de mas criminoso.

Roma y Madrid eran sin duda las dos cortes que te-

nian mas derecho al reconocimiento de Napoleon, si es que los beneficios pueden, alguna vez, obligar á un ingrato. Ya hemos visto descender del trono Pontificio al Papa reynante para arrastrar con trabajo la pesada cadena de sus años en una peregrinacion toda en obsequio de Bonaparte. Añadamos el sacrificio de sus derechos, que á fin de conservar la paz de la Iglesia firmó en el concordato, dictado por el espiritu anticristiano del tirano. Añadamos el de esas rentas que servián para sostener la magestad del culto, y la sustentacion de sus ministros: añadamos en fin la cordialidad mas expresiva con que en medio de un mar de tribulaciones no levantaba sus manos sino para bendecirlo. Sin embargo, en el empedernido corazon de Bonaparte no hacen impresion los mugidos de esta victima pacifica. Por toda recompensa hace entrar en el plan de sus rapacidades la ocupacion de ese estado pontificio, precioso gage de la piedad de Carlo Magno. No podemos concebir que codiciase esta pequeña presa para aumento de su prosperidad; pero si que obligando á la cabeza de la Iglesia á vagar errante de pueblo en pueblo, quiera aflojar el centro de la unidad catolica, y escalar por medios indirectos el edificio de la fe. ¡Vana presuncion de un aturdido! Los tiempos del heroismo cristiano debieron enseñarle que nunca mas resplandeciente la Iglesia, que quando tenia por templos las cabernas, y por altares las manos de los sacrificadores. El tirano perecerá, y quedará la Iglesia para implorar por él al Dios de las misericordias.

Si de la corte de Roma pasamos á la de Madrid, ¡ò qué espectáculo tan propio para amotinar las pasiones, y hacer que se extremezca la humanidad! España, esa íntima aliada de la Francia, esa depositaria inagotable de sus recursos, esa fiel compañera en las calamidades, esa España es sobre la que en medio de la union mas estrecha, protestada con el lenguaje mas expresivo de la amistad, tenia Napoleon concertados en el silencio de su alma

los planes menguados y homicidas de sus Monarcas, y los del engrandecimiento de su familia. Si para llevar al cabo sus exêcrables designios se hubiese valido del sangriento derecho de una guerra aunque injusta, rodaria su proceso en el tribunal de las naciones sobre un crimen heroyco de una alma feroz, pero elevada: mas empuñar una pica asesina cubierta baxo el manto de la amistad, es hacerse reo de un delito solo capaz de cometerlo una alma degradada y abyecta. ¡Quién creyera que Napoleon el grande pudiera caber olgadamente en la pequeña piel de una zorra! Es el caso: estaba bien convencido Bonaparte que el leon de España era una fiera que para aprisionarla convenia cogerla dormida. Atacarlo á cara descubierta era exponerlo á que volviera á coronarse con los laureles de Pavia y de Castilla. De aqui concluye, que es preciso cubrir su cobardia con los halagos de lisongeras promesas, y esperar del engaño aquel provecho que era dudoso de la fuerza. Expongamos los artificios de estas baterias subterraneas solo con el fin de detestarlas.

Hacian años que la privacion escandalosa del infame Godoy, y el exercicio mas abusivo del poder soberano, tenian encendido en palacio el fuego de la discordia, y hecho que se aflojasen para con el Principe heredero los sagrados nudos del amor paternal. Una guerra intestina entre Fernando y el privado, donde las delaciones y los chismes fluian y refluian sin cesar, pusieron á aquel inocente desvalido en los umbrales del precipicio. En tan triste desventura y horfandad se echa á los brazos de Napoleon. Este imitador de Maquiabelo, que ha perfeccionado el arte del disimulo, fingió que protegia sus quejas con la bastardia mas soez. Al mismo tiempo que lo lisongea con promesas, regalos y caricias, ajusta con su rival el proyecto de desquiciar la monarquia española, emigrando éste á sus Soberanos, y dexando la Peninsula á discrecion de aquel. Con una secreta complacencia veia Fernando que las tropas francesas ocupaban el reyno, y

no sabia que venian esas mismas á precipitarlo del trono. Los nobles y reales sentimientos de este Principe eran incompatibles con una timida desconfianza; y antes bien hubiera creido vulnerar los sagrados fueros de la amistad, sospechando groseras asechanzas en las promesas de un amigo. Con todo, los sucesos de Aranjuez iban á dar la solucion de este vergonzoso drama, y manifestar su engaño. En efecto, por ultimo resultado lo vemos sentenciado por su amigo á perder su corona, y como un proscripto por las leyes vagar errante sin patria, sin corte, sin asilo, y expuesto á perecer entre las uñas de la bestia.

Pero esos españoles, hijos de tantos héroes, que mil y mil veces afirmaron el cetro en las manos de sus Reyes ¿no habrán sobrevivido hasta aqui sino para recibir esta afrenta? ¿Permitirán que entre sus manos se sequen los laureles que heredaron de sus abuelos? ¿Esa gloria inmortal obra de tantos siglos perecerá en un solo momento? ¡Eh! No, no insultemos con dudas injuriosas á una nacion que es el templo del honor, y el modelo mas acabado de lealtad. El reyno entero esta sobre las armas, y no las dexará hasta haber recuperado su amado Rey, esa prenda inestimable de su dicha, y de su quietud doméstica.

Hermanos mios en vano se cansa Napoleon: Dios es y no él quien distribuye los cetros. Amenazandonos el Señor con la pèrdida de Fernando solo quiere sin duda hacernos apreciar mas el don que en su persona nos ha hecho. Pertenecemos á Fernando, y no à Napoleon, quien aspirando à la Monarquia universal, acaso será esta la vez en que se quede sin ninguna. Obliguemos al cielo con nuestras continuas oraciones: socorramos à la Metrópoli con nuestros donativos; bien persuadidos que siendo los buenos Reyes, como Fernando, un manantial inagotable de bienes, hemos de recuperar con usura quanto le demos.

Con licencia en Buenos Ayres: Imprenta de Niños Expósitos.

68-334-22

9.

3215-1
1/
7069U
-182

BE1—
-A692c
v.1